

La calle para el viernes 19 de enero de 2007
Diario de un espectador
Traven y Bogart
por miguel ángel granados chapa

En los años veinte llegó a México un enigmático personaje que adoptaría el misterioso nombre de B. Traven (B, a secas, ni siquiera Bruno como a veces se le llamaba, como para asignarle una identidad menos oculta). Quizá había nacido en 1882, tal vez en Alemania. Acaso se llamaba Ret Marut, o Mauricio Rathenau. Fue un activista político, que participó, a la caída en 1918 del imperio germano, en la efímera república socialista de Baviera. Cuando éste fue anulada por la República de Weimar, sus promotores fueron perseguidos y muchos se exiliaron. Ese fue el caso de Traven, que en México protagonizó toda clase de andanzas, las más de ellas expresadas en su vasta literatura. Sus novelas reflejan diversas porciones de la realidad rural mexicana. Su primer libro, *Canasta de cuentos mexicanos*, incluye uno llamado *El ahijado de la muerte*, que fue convertido en película años más tarde, con el título de *Macario*. Esa conversión de su escritura en piezas cinematográficas ocurrió también, en México, con sus novelas *La rebelión de los colgados* y *La rosa blanca*; y en Estados Unidos, con *El tesoro de la sierra madre*, dirigida por John Huston y protagonizada por Humphrey Bogart, a quien hemos dedicado las tres columnas anteriores y la de hoy porque el domingo pasado se cumplieron cincuenta años de su fallecimiento.

“Cuando se estrenó —dice Barry Norman— se consideró que sería un fracaso. El público quería al Bogart de *Casablanca*, no a este buscador de oro avaro, antipático, que siempre estaba murmurando entre dientes. Esperaban al Bogart estrella de cine y se encontraron con el Bogart actor, realizando quizá la mejor actuación de su vida. También pudieron sentirse defraudados por el hecho de que en una película que transcurre al aire libre se advertían demasiado las limitaciones del estudio.

Pero si bien la película podía haber tenido mejor aspecto si se hubieran rodado más escenas en exteriores, es difícil que hubiera tenido más vigor. Trata de tres buscadores de oro mal avenidos: Walter Huston, viejo, desdentado y con experiencia; Tim Holt, joven, honrado y sincero: y Bogart, poco de fiar y finalmente enloquecido. Buscan oro, lo encuentran, y lo pierden por su propia avaricia. Es un estudio de desarrollo de la personalidad (y de su desintegración, en el caso de Bogart); los dos personajes más jóvenes empiezan a darse cuenta de lo que Walter Huston sabía desde el principio: que la búsqueda de oro no es un negocio en que uno se haga rico en un momento, que es cuestión de trabajo duro y de paciencia. Lo que también descubren es que encontrar el oro es sólo la primera parte de la tarea. La segunda parte es saber conservarlo, entre las sospechas mutuas y a preocupación de que los compañeros se queden con la parte de uno.

La escena culminante, en la que unos bandidos dirigidos por Alfonso Bedoya matan a Bogart para robarle las botas y la mula mientras el viento arrastra el polvo de oro hacia Dios sabe dónde, debería figurar en una antología de los Grandes momentos de la historia del cine. Fue la única película en que Walter Huston (que murió tres años después) fue dirigido por su hijo John. Ganaron sendos Óscares. En 1985 John Huston dirigió a su hija Anjélica en *El honor de los Prizzi*, pero en esta ocasión, aunque también fueron nominados un padre y su hija, sólo Anjélica ganó el Óscar”.

Así como Norman se permite estos comentarios laterales, nosotros diremos que Alfonso Bedoya, apodado *El indio* por sus rasgos faciales, fue un actor mexicano (nacido en 1900 en Vicam, Sonora) que representó siempre papeles derivados de su aspecto indígena. En México hizo *Dos cadetes*, *Todo un hombre* y *Adiós Nicanor*, y luego marchó a Hollywood, donde disputó a Rodolfo Acosta el papel de villano nacido en México. Murió en 1957.